No peca sólo quien promueve el escándalo; sino que quien más peca es quien tiene el deber y la obligación de condenarlo y no lo hace.

Reflexionemos detenidamente y consideremos con atención preguntándonos: «¿Quiénes son los culpables de tantos escándalos sexuales como se cometen hoy en España y en el mundo entero? ¿Serán los comunistas? ¿Serán acaso los ateos? No; los ateos no pueden ser culpables de lo que no saben, ni entienden, ni comprenden. Pues los que no creen en Dios, ni en el infierno, ni en el pecado: es imposible que comprendan el mal que hacen, y por lo tanto, no pueden ser culpables.

¿Qué haríamos nosotros en su lugar?

Consideremos qué es lo que haríamos nosotros si no supiéramos que hay Dios, y que hay otra vida después de la muerte. ¿No trataríamos de pasarlo en el mundo lo mejor posible, y de no privarnos de ningún placer real o aparente? ¿Pues por qué hemos de considerar culpables a los que hacen lo que haríamos nosotros si nos halláramos en su lugar?

¿Pues quiénes son realmente los culpables?

—Somos culpables todos los católicos que vemos el mal y no hacemos todo cuanto esté en nuestra mano para impedirlo.

Si nos encontráramos con un loco armado, y no tratáramos de quitarle la pistola, ¿no seríamos responsables de sus crímenes?

Los ateos son como locos irresponsables, que hacen el daño sin darse cuenta. Por eso ellos no son los más culpables. Los más culpables somos nosotros que vemos el mal y no hacemos nada para impedirlo.

Todos podemos hacer mucho para impedir los es-

candalos; aunque no sea más que con nuestras oraciones, con nuestros sacrificios y con nuestras protestas de disconformidad con lo que se hace.

Los más responsables son sin duda los católicos que tienen algún poder en el gobierno, aunque sea en la oposición, si no hacen cuanto está de su parte. Pero muchos de ellos están tan absorbidos en sus negocios y en la lucha por el poder que apenas les luce la fe y casi no se dan cuenta del peligro de las almas. Por eso, incluso los políticos católicos, tampoco son los más resonsables. Si no llevan una vida de oración y de íntimo trato con Dios: ni pueden ver, ni oír, ni entender nada con respecto a las cosas del alma. «Las almas sin oración, viven a oscuras —dice San Ligorio—, y no pueden comprender los verdaderos intereses del alma.»

Pues entonces, ¿quienes son los verdaderos responsables?

—Somos responsables todos los católicos que podemos advertir el mal y no hacemos cuanto esté de nuestra parte para impedirlo. La responsabilidad de cada uno ha de medirse por el conocimiento que tengamos del mal y las posibilidades que tengamos para luchar contra él.

Responsabilidad de los pastores

La responsabilidad de cada uno, Dios la mide de acuerdo con los talentos que le haya dado. «*A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá;* (Lc. 12, 48). Cristo nos ha dado la luz de la fe con la obligación de propagarla: «*Vosotros sois la luz del mundo...; brille vuestra luz entre los hombres, de tal modo que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre del cielo*» (Mt. 5,14 y 16). «*Cuidado con que la*

luz que tenéis no se convierta en tinieblas. Pues si todo tu eres luz, sin que tengas nada tenebroso, serás para los demás *como una lámpara que ilumina con gran resplandor»* (Lc. 11,35-36).

El Señor no nos ha dado la luz de la fe solamente para que nos salvemos nosotros. El murió por la salvación de todos, y *«quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»* (1Tm. 2,4). El precepto de: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*, nos obliga a no perdonarnos trabajo alguno para conseguir la salvación de todos los hombres a los que podamos ayudar.

Dios nos pedirá cuenta de las almas que se condenan, si no hacemos cuanto esté de nuestra parte para salvarlas, como dijo al profeta Ezequiel: *«Hijo de hombre: Yo te he puesto por centinela en la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras, y se las anunciarás a ellos de mi parte.*

Si diciendo Yo el Impío: "Morirás sin remedio." Si tú no se lo intimas ni le hablas, a fin de que se convierta de su impío proceder y viva: aquel impío morirá en su pecado, pero Yo te pediré a ti cuenta de su sangre.

Pero si tú hubieras apercibido al impío, y él no se hubiere convertido de su impiedad, ni de su impío proceder: él ciertamente morirá en su maldad, mas tú habrás salvado tu alma.

De la misma manera, si el justo abandonare la virtud e hiciera obras malas, y Yo le pusiere delante tropiezos; si él sucumbiere porque tú no le has amonestado; morirá en su pecado sin que se tengan en cuenta ninguna de cuantas obras justas hizo; pero Yo te pediré a ti cuenta de su sangre por no haberle amonestado.

Mas si tú le hubieses amonestado para que no pecase, y él no pecare: en verdad que tendrá vida verdadera,

porque le apercibiste, y tú habrás salvado tu alma» (Ez. 3,16-21).

Es tanto lo que agrada a Dios que nos esforcemos por atraer a El a los que se extravían por el camino del pecado, que el Apóstol Santiago escribía: «*Hermanos míos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro le redujera a ella, debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte* eterna *al alma del pecador, y* por su obra de caridad *quedarán cubiertos la muchedumbre de sus* propios *pecados*» (St. 5,20).

¿Qué significan estos textos de la Sagrada Escritura, sino la responsabilidad de los cristianos, y principalmente de los sacerdotes y obispos, de velar por la salvación de las almas, descubriendo cautelosamente los errores que el diablo infiltra en la sociedad?

No basta que nosotros no pequemos, porque también se nos pedirá cuenta de los pecados de los demás, principalmente de los que se cometen por ignorancia, por no haberles apercibido llevándoles la luz que necesitaban.

NO PODEMOS TRANSIGIR

Por eso el Apóstol San Juan escribía al obispo de Pérgamo: «*Conozco dónde moras, que es donde tiene el trono Satanás, y no obstante mantienes mi nombre y no negaste mi fe ni siquiera en los días de Antipas... Pero tengo contra ti que toleras ahí a quienes siguen la doctrina de Balaam, el que enseñaba a Balac a poner escándalo a los hijos de Israel y a fornicar. Así también toleras tú a quienes siguen de igual modo la doctrina de los nicolaítas. Por tanto: arrepiéntete; o vendré*

a ti y pelearé con la espada de mi boca» (Ap. 2,13-15).

¡Terrible cosa es tolerar los escándalos que pervierten a las almas y anulan el valor redentor de la sangre preciosa de Cristo!

El, colgado de la cruz, en un mar de dolores, ofrece al padre sus angustias y su sangre por la salvación de los hombres. Y tú por no desagradar a los que le ofenden, ni hacerte antipático con ellos ¿qué cosas tolerarás? ¿Pues qué cosas son las que ahora estamos tolerando en España? ¿Qué mayores escándalos se pueden tolerar que los que ahora estamos tolerando sin apenas rechistar? Dice el refrán que «quien calla, consiente». Pues qué escándalos son los que estamos consintiendo?

Una de las cosas que hacen más daño y provocan confusión y oscuridad, es el *silencio* de los sacerdotes y obispos a las provocaciones de los que escandalizan con malas doctrinas.

Constantemente por televisión se nos predican doctrinas fáciles y opuestas al Evangelio. Callar es consentir y aceptar; por eso estamos en la gravísima obligación de protestar, denunciar y condenar.

El Apóstol ya nos previene en su carta a Timoteo, diciéndonos: *«El espíritu dice claramente que en los últimos tiempos muchos apostatarán de la fe, dando oído al espíritu del error y a las enseñanzas de los demonios, embaucadores, hipócritas de cauterizada conciencia...* (Tm. 4,1-2).

Quizá aún más claro nos lo dice San Pedro: *«Aparecerán entre vosotros maestros embusteros que introducirán sectas de perdición... Porque profiriendo discursos pomposos de vanidad, atraen con el cebo de los apetitos carnales de lujuria a quienes poco antes habían huido de quienes profesan el error. Los seducen pro-*

metiéndoles libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción de sus pasioes» (2Pt. 2,1-19).

Todos esos errores se propagan por televisión. No podemos callar y transigir en silencio: Es preciso protestar, gritar, vocear desde donde podamos, para que quienes nos oigan, sepan que no estamos de acuerdo, que rechazamos y condenamos esas doctrinas, porque son falsas y se oponen al Evangelio.

Digamos a voces que no hay otro Evangelio y que nadie puede cambiarlo; ni los curas, ni los obispos, ni siquiera el papa. *«Pues aun cuando nosotros mismos* —nos dirá San Pablo— *o un ángel del cielo, os predique un Evangelio diferente, sea excomulgado... Os lo repito: Cualquiera que se atreva a enseñar un Evangelio diferente, sea excomulgado»* (Gal. 1,6-9).

Cómo luchar contra el escándalo

La Santísima Virgen de Fátima dijo a los tres pastorcitos: «Muchas almas van al infierno, porque no hay quien ore y se sacrifique por ellas.» Con estas palabras de la Virgen podemos comprender cuáles son las armas más poderosas que tenemos para luchar contra el infierno.

Mucho bien hace el apostolado, muchísimo; pero el apostolado, las protestas públicas y todo cuanto intentemos hacer contra el poder del infierno, no serviría de nada sin la ayuda de Dios que sólo se obtiene por la oración y el sacrificio.

Muchísimas almas salvó San Francisco Javier en sus correrías apostólicas; poquísimos han luchado y trabajado tanto como él para arrancar las almas de la ignorancia y del pecado y volverlas a Dios. Por eso, la Iglesia ha nombrado a este gran santo, patrono de las misiones. Pero hay otra santa que comparte con él

el patronato. ¿Qué santa es la que emulando al gran apóstol de las Indias mereció compartir con él ese glorioso título? ¡Una monja de clausura! ¡Una monja carmelita, pobre y enfermiza, que no sabía hacer otra cosa más que rezar y sacrificarse: Santa Teresita del Niño Jesús!

Si no puedes predicar, y si no puedes ir al Congreso a protestar contra los abusos de los que están en el poder, puedes al menos ofrecer a Dios tus penitencias y tus oraciones para que inspire y dé ánimos a los que pueden hacerlo de la forma más eficaz.

Pero has de saber que la oración no es más que pura ilusión, que no te liberará de culpa, cuando no haces lo que está en tu mano.

Todos podemos hacer algo: los sacerdotes protestando desde el altar y animando a los fieles a protestar con escritos o con los medios que tuvieren y haciendo propaganda en favor de los partidos que lo podrían solucionar. ¡Mucho es lo que puede un cura, porque puede influir en muchas almas buenas que son las que lo pueden alcanzar de Dios!

Pero si es mucho lo que puede un cura, ¡muchísimo más es lo que puede un obispo! Cuando un cura habla o protesta, apenas se le oye fuera de su parroquia. ¡Pero si es un obispo el que habla, no solamente se le oye en toda su diócesis, sino que su voz resuena en toda España en la prensa y en todos los medios de comunicación social! ¡Grande es el interés que tiene el diablo de que los obispos no hablen!

No son únicamente los políticos católicos los que deben protestar contra la pornografía, el aborto y todos los escándalos sociales. Por tratarse de un asunto de moral cristiana, son los obispos los que están más obligados a intervenir. Porque si las autoridades ecle-

siásticas callan, ¿cómo van a protestar los simples fieles? Ya dice el refrán: «no hay que ser más papistas que el Papa». Si los obispos callan ¿quién es el que va a protestar? Pero si las autoridades de la Iglesia protestaran con coraje y valentía, ello animaría a los fieles a protestar también y harían grandes esfuerzos para impedir el mal.

Dificultades

Todos los curas y obispos, e incluso todos los católicos conscientes, estamos de acuerdo que la pornografía es un gravísimo mal, y sin duda, el más perjudicial de nuestro tiempo, por atentar contra la virtud más vulnerable del hombre, que es la castidad.

No hay teólogo importante, ni santo que habiendo escrito algo sobre moral, no haya dicho que el pecado de impureza es el que lleva más almas al infierno. Así lo confirma rotundamente San Ligorio, doctor de la Iglesia y príncipe de los moralistas.

Pues si los pecados de impureza son la causa de condenación de tantas almas, ¿qué daño hará la pornografía por la que de una forma tan brutal se atenta contra tan delicada virtud?

Pero algunos creen que es muy difícil suprimirla, porque sería volver a la censura poniendo límites a la libertad de expresión, lo que sería antidemocrático y anticonstitucional.

Efectivamente, al prohibir la pornografía, se limita la libertad de expresión; pero esto no es antidemocrático ni anticonstitucional, porque la libertad de expresión tiene un límite y es necesario que lo tenga.

He aquí algunos límites:

1.° El primer límite es no sobrepasar la verdad. Las mentiras, no pueden estar permitidas.

2.° Y aun dentro de la verdad, existen secretos de Estado que no es lícito revelar.

3.° También los particulares tenemos secretos íntimos, que hasta la misma Constitución manda respetar.

4.° En cuarto lugar se prohíbe también la apología del terrorismo y del golpismo. ¿Por qué no se pueden publicar las razones que pudo tener el señor Tejero y todos los demás que intentaron el golpe de Estado del 23 de febrero? Es doctrina católica que en ciertos casos pueden existir razones que en conciencia obliguen a pretender un golpe de Estado. ¿Por qué no se permite discutir si los que han pretendido el golpe de Estado creyeron tener esas razones?

En tiempos de Franco, para mantener a España en paz más de 40 años, fue preciso no dejar hacer propaganda contra el franquismo; igualmente ahora, para poder consolidar la democracia en paz, ha sido necesario prohibir hablar contra la democracia y la Constitución. Esto es así y no puede ser de otra manera, pues si se dejara a cada cual publicar lo que quisiera no habría posibilidad de poder gobernar.

No es posible plena libertad de expresión

Ahora bien: Si para mantener la tranquilidad ciudadana y por defender el bien común de los españoles, se puede ponder límites a la libertad de expresión, ¿cómo no se va a poder poner límites a la pornografía que es el mal que más nos perjudica a todos?

Está demostrado que la libertad de expresión no puede ser absoluta, sino que tiene, y es preciso que tenga algunas limitaciones. Pues, ¿por qué para defender la democracia se ha de poner recortes a la libertad de expresión, y no se ha de poder igualmente para defen-

der el bien espiritual de las almas, que es un bien infinitamente más importante?

Yo creo que el defender los intereses de las almas, no puede ser antidemocrático ni anticonstitucional; pero si lo fuera, todos los católicos, que somos mayoría, por necesidad nos tendríamos que declarar antidemocráticos y anticonstitucionales, ya que por encima de la democracia y de la Constitución está el Evangelio y los intereses de las almas, que a toda costa hay que defender.

Un cristiano, por encima de todas las cosas ha de obedecer la Ley de Dios. Puede aceptar otras leyes siempre que no estén en desacuerdo con la Ley de Dios; pero si se diera el caso que alguna ley humana se opusiera un ápice a la Ley de Dios, habría que revelarse contra ella, aunque fuera la Constitución; pues, siempre hemos de estar dispuestos a decir con los Apóstoles: *«Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Hech. 5,29).

LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS

Muchos católicos nos preguntamos: ¿Por qué las autoridades de la Iglesia transigen con tantos males? ¿Por qué no protestan más enérgicamente?

Sabemos que los obispos, merced a su poder de *«atar y desatar»* pueden obligar a todos los católicos, incluso al rey, dándonos órdenes que todos estamos obligados a obedecer.

Jesucristo concedió a los Apóstoles, y en ellos a todos los obispos, sucesores de los Apóstoles, la facultad de poder *atar y desatar* (Mt. 18,18). No sólo el Papa está facultado para poner leyes que obliguen en conciencia;

también los obispos dentro de sus respectivas diócesis pueden dar órdenes en nombre de Dios, que *atan* (obligan) bajo pecado mortal.

Igual que el Papa, también pueden excomulgar los obispos a todos los que de alguna manera dan graves escándalos, como excomulgaba San Pablo cuando escribía: «*Ya es público que entre vosotros reina la fornicación... Y vosotros, tan hinchados ¡no estáis tristes ni os habéis puesto de luto, no habéis hecho nada para apartar de entre vosotros el que tales cosas hace!*

Pues yo, aunque ausente en el cuerpo, pero presente en espíritu, le he condenado ya. Congregados en nombre de Nuestro Señor Jesús, vosotros y mi espíritu, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, entrego a ese tal a Satanás, para ruina de la carne, a fin de que arrepentido *el espíritu se salve.*

No está bien vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa?

Ya os dije en otra carta que no os mezclarais con los fornicarios. No de un modo absoluto, porque para eso tendríais que salir de este mundo... Pero ahora de nuevo os escribo que, si algún hermano es deshonesto... con ese tal no tengáis trato... Extirpad el mal de entre vosotros» (1Cor. 5).

La autoridad de los obispos

Los obispos, ante todo, tienen plena autoridad para oponerse al gobiernos y censurar, criticar y condenar todo lo que perjudique o ponga en peligro el bien espiritual de las almas.

Y nadie debe decir, como dicen los socialistas, que eso sería meterse en asuntos que no les conciernen. A los obispos conciernen todas aquellas cosas que de

alguna manera puedan influir en la moral de las personas, y como solícitos pastores velarán para defender a su grey de todos los peligros, y principalmente de los que puedan malformar las conciencias.

Habrá muchos que digan: «Los eclesiásticos no deben meterse en política.» Cierto; pero cuando la política ataca a la religión; mejor dicho: cuando los políticos atacan a la Iglesia, no son los eclesiásticos los que se meten en política, sino los políticos los que no respetan los derechos de la Iglesia.

Si los políticos se inventan la ley del divorcio para destruir el sacramento del matrimonio; si tratan de anular el sexto mandamiento, enseñando el amor libre incluso en las escuelas; si anulan también el quinto mandamiento diciendo que en determinados casos se puede dar muerte impunemente al inocente, ¿no son ellos los que están atacando a la Iglesia y tratando de destruir la religión?

Cierto que los eclesiásticos no deben meterse en política; pero sólo y únicamente cuando la política no roza en nada con la religión.

Los políticos de izquierdas tienen mucho miedo que la iglesia intervenga en política, y su miedo es muy razonable, porque si la Iglesia quisiera tiene una fuerza moral muy grande.

La iglesia en España ha sido muy respetuosa en este sentido; yo diría que *demasiado* respetuosa. Por respeto a los políticos el papa retrasó su viaje a España, y los obiscpos en las elecciones no quisieron decir para qué partidos debieran votas los católicos. Y por tanto respeto, transigencia y generosidad, ¿qué nos han dado ellos a cambio? Prohíben la enseñanza católica en las escuelas estatales, atacan a nuestra religión ridiculizándola y comparándola con todas las

sectas y religiones falsas del mundo, como si fuésemos una más entre tantas. Y, sobre todo, nos atacan por nuestro lado más débil, excitando nuestra concupiscencia con la pornografía. Convenzámonos: no podemos ser más tiempo respetuosos con quienes están empeñados en destruir nuestras almas.

Los pecados de omisión

Aunque me repita, voy a insistir sobre un asunto, en el que me parece pensamos muy poco. Me refiero a los pecados de los demás: los pecados de nuestro prójimo.

Nosotros nos preocupamos mucho de no pecar, para salvar nuestras almas; pero ¿qué es lo que nos preocupan los pecados de los demás?

Nuestro Señor Jesucristo nos dice en el Evangelio: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Mt. 19,19). Pues, ¿por qué no nos preocupamos de los pecados del prójimo como nos preocupamos de los nuestros?

En el día del juicio, Jesucristo, no solamente nos va a pedir cuenta de todos nuestros pecados, sino que también nos interpelará por los pecados de los demás: aquellos que tal vez nosotros pudimos evitar y no lo hicimos.

Esto es algo tremendo, pero no menos real.

No solamente se va a exigir estrecha cuenta al escandaloso, de todos los pecados que por su culpa hayan cometido los demás. Pero lo terrible es que también al que no ha escandalizado se le exigirá cuenta de todos los escándalos que hayan cometido otros y él haya podido evitar.

Me explicaré:

Todo el daño que están haciendo los socialistas en el gobierno, al permitir la pornografía en el cine y televisión; el daño que hacen las leyes del divorcio, el

aborto y la LOBE, etc., todo ello quizá se hubiera podido evitar con habernos dado un poco de luz a los católicos, si nos hubieran informado para qué partidos debiéramos haber votado.

La ignorancia de muchos

Muchos aseguran que al menos el 40 por ciento de los socialistas son católicos creyentes. ¿Pues cómo se explica que votasen para un partido que declara legal el adulterio (Ley del divorcio); el matar a los inocentes (ley del aborto) y tantas otras leyes criminales?

¿Por qué los sacerdotes y obispos no informaron al pueblo para qué partido deberíamos votar?

¿Por qué no se dijo que es pecado gravísimo votar para los partidos que atacan la doctrina cristiana y legalizan lo que el mismo Cristo condenó?

¿Por qué no se dijo también que hay obligación grave de votar para el partido que aceptando el Evangelio tenga mayores posibilidades de vencer a los anticristianos?

—Es que un cura no debe intervenir en política.

¡Mentira! Un cura no debe hacerse un político; pero sí puede y tiene el grave deber de informar y aconsejar que se vote para los partidos que tengan posibilidad de ganar y su doctrina no esté en oposición al Evangelio.

Esta obligación no incumbe solamente a los seglares. ¿O es que los sacerdotes no han de poder intervenir en política ni siquiera cuando corre peligro la salvación eterna de las almas?

Mucho miedo tienen los socialistas que los sacerdotes hablen de política; saben muy bien la influencia que los curas tienen sobre una gran parte del pueblo, y saben también muy bien que cuando los seglares que son fervorosos cristianos tienen un sacerdote que los

anima en esta tremenda lucha contra el mal, con frecuencia se convierten en héroes que es difícil detener.

EL VALOR DE LAS ALMAS

El diablo no sabía que Jesús era el Hijo de Dios cuando se acercó a El para ofrecerle *«todos los reinos del mundo y la gloria de ellos»* a cambio de su alma (Mt. 4,8-10). Pero Jesús, que conoce bien el valor del alma, nos dice: *«¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde el alma? Y si la perdiere, ¿a cambio de qué podría rescatarla?* (Mt. 16,26).

El alma no solamente vale infinitamente más que todo el mundo, sino incluso más que todo el universo. Pues todo cuanto hay en el universo entero, solamente le costaron unas palabras al Hijo de Dios para crearlas; pero para redimir a las almas hubo de sudar sangre y consentir que su cuerpo fuera destrozado a golpes atado a la columna, tuvo que ser coronado de punzantes espinas y llevar la cruz a cuestas cayendo varias veces bajo su peso por el camino del Calvario; y por fin, tuvo que dejarse clavar a ella, y levantado en lo alto, suspendido de tres clavos entre el cielo y la tierra, ir derramando toda su sangres, gota a gota, hasta morir por fin entre acerbísimos tormentos. Razón tenía San Pablo para decir: *«Habéis sido comprados a gran precio, no os queráis hacer esclavos de nadie»* 1Cor. 7,23).

Loa santos, que conocían el valor de las almas, no se perdonaban trabajo alguno para salvarlas.

San Ignacio, aun cuando le hubiesen asegurado que muriendo iba directo al cielo, hubiera preferido quedarse en la tierra, incierto de su salvación, si con ello hubiera podido ayudar a salvar algún pecador.

El Santo Cura de Ars hubiera aceptado con gusto quedarse en la tierra hasta el fin del mundo, sufriendo toda clase detrabajos, si con ello pudiera ayudar a salvar alguna alma.

San Francisco de Regis decía que la vida le resultaría insoportable, si con ella no pudiera ayudar algo en la salvación de las almas.

San Juan Crisóstomo decía que anhelaría mil veces quedarse ciego si con ello pudiera convertir algún alma.

San Buenaventura hubiese aceptado tantas veces la muerte, cuantos son los pecados de los hombres, si de esta forma pudiera ayudar a salvar sus almas.

San Dionisio Areopagita dijo que la obra más grande que el hombre podía hacer en este mundo, es poder cooperar con Dios en la salvación de las almas.

San Agustín escribió: «Salvar una sola alma es cosa más grande que crear el cielo y la tierra.»

Santo Tomás añadió: «El bien de la gracia de una sola alma vale más que el bien natural de todo el universo.»

Tanto es lo que vale el alma que, si para conseguir salvarla, hubiéramos de aceptar todos los trabajos del mundo, y sufrir mil veces la muerte, nos resultaría más barato y haríamos mejor negocio que si con sólo una peseta comprásemos el mundo entero. Por eso Santa Teresa, no solamente aceptaba contenta todos los trabajos de este mundo por salvar un alma, sino que incluso hubiera aceptado estar en el purgatorio hasta el fin del mundo para salvar una sola alma. He aquí sus palabras: «¿Qué importa que esté yo en el purgatorio hasta el día del juicio, si por mi oración se salvase una sola alma?... ¡De penas que se han de acabar, no hagáis caso de ellas...!» (Cam. 3).

Si tuviéramos aunque nada más fuera una pequeñita chispita de fe, y un sólo grado de caridad con el prójimo, tendríamos que vivir horrorizados de ver cómo viven y cómo mueren tantísimos hombres.

Mons. De Segur nos cuenta: «En París, hace algunos años, una desgraciada madre, al saber la repentina muerte de su hijo en espantosas circunstancias, permaneció dos días de rodillas, arrastrándose pof el suelo, dando gritos de desesperación y repitiendo sin cesar: «¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío!... ¡En el fuego!... ¡Quemarse, quemarse eternamente!» Era cosa horrible verlo y oírlo.» (Royo Marín, *Teología de la Salvación*).

Si no nos estremecemos viendo cómo los hombres viven y mueren en pecado mortal, es por una de estas tres cosas: O que nos falta la fe; o que es falsa y completamente hipócrita nuestra caridad con el prójimo, o que estamos rematadamente locos. ¿Es posible tener fe, y saber que tú prójimo, ese que tal vez le llamas amigo, vive en pecado, con un peligro constante de morir y condenarsem y que puedas sonreírle fríamente sin estremecerte de susto y pavor?

EL APOSTOLADO

Contra los males gravísimos del escándalo, nosotros hemos de oponer los bienes maravillosos del apostolado.

¿Qué es el apostolado?

Apostolado es todo cuanto hagamos o podamos hacer por la salvación de las almas. Los santos nos dicen que «el apostolado es la obra más agradable que podemos ofrecer a Dios, porque con ella tratamos de ayudarle en lo que más le costó, la redención de las almas».

Consideremos que Cristo compró nuestras almas con el precio infinito de su sangre, por lo que os dice San Pablo: *«A gran precio habéis sido comprados; glorificad a Dios en vuestras almas.»*

Con el apostolado conseguimos para Cristo lo que El a tan caro precio compró; hacemos eficaz el fruto que su sangre debe producir en las almas, y en este sentido es el apostolado de un valor infinito.

No hay nada tan valioso y tan meritorio como la caridad. Con la caridad cumplimos todos los mandamientos y vivimos la perfección de la Ley: y no hay acto mayor de caridad que el apostolado con el que ayudamos a Dios en la salvación de las almas.

Sobre la importancia del apostolado, escribe el Padre Royo Marín: «Entre todas las obras encaminadas al ejercicio de la caridad fraterna, no hay ninguna que se pueda comparar a la del apostolado en general. Más que la *misericordia* y que la *beneficiencia* —que tienen por objeto, la mayor parte de las veces, las necesidades materiales del prójimo—, interesa el *Apostolado* directo sobre su alma, para ayudarla a conseguir el mayor de los bienes posibles: la bienaventuranza eterna, base y fundamento de la caridad misma.

El apostolado es:

a) *Colaboración con Dios* para la realización de sus planes eternos, el restablecimiento del orden sobrenatural, trastornado por el pecado, y, finalmente, para la glorificación de su nombre.

b) *Compromiso voluntario al servicio de Cristo,* para continuar y acabar su obra, y de esta manera asegurar a la humanidad la eficacia redentora de su pasión.

c) *Ayuda fraterna* ofrecida a todos los hombres en

viaje hacia la eternidad, de los cuales se hace uno compañero de ruta y se encarga de ellos.

Eso es el apostolado. Cualquiera que sea el ángulo sobre el cual se le mire: en su origen, en su ejercicio y en su término, siempre se nos muestra como una manifestación grandiosa y obra regia de caridad...

El apostolado es un deber

En la medida de las propias posibilidades, el apostolado *es un deber* de caridad que *obliga gravement* a todos los cristianos.

Nótese que hablamos de un verdadero *deber,* no de un consejo más o menos recomendable. Y de un deber *grave,* cuya omisión voluntaria y total daría origen a un verdadero *pecado mortal* contra la caridad fraterna. Sin embargo, no se exige a todos en el mismo grado, sino a cada cual en la medida de sus posibilidades dentro de su propio estado y en el medio ambiente en que se desarrolla su vida...

«El apostolado —advierte Colín— no es solamente una obra magnífica, sino también un deber sagrado y universal. Lo mismo que la caridad de donde brota, obliga a todos y a cada uno: cristianos, religiosos, sacerdotes. Todos, mientras existimos, tenemos cargo de almas, y de esas almas daremos cuenta en el tribunal de Dios.»

«Sabemos —dice San Pío X— que Dios ha encomendado a cada uno el cuidado de su prójimo. No son, pues, solamente los hombres investidos del sacerdocio los que deben consagrarse a los intereses de Dios y de las almas, sino todos sin excepción.»

«¡Cuántos cristianos, por desgracia, no han tenido nunca conciencia de esta obligación moral y de su gravedad! Pío XI se lo recordaba a los directores del Apos-

tolado de la Oración en Italia: "Todos los hombres están oligados a cooperar al reino de Jesucristo, lo mismo que todos los miembros de la misma familia deben hacer algo por ella, y no hacerlo es un pecado de omisión que puede ser grave".» (Royo Marín, *Teología de la Caridad*).

¿Cómo ha de ser el apostolado?

El apostolado no se hace solamente predicando las verdades eternas; la predicación es importantísima pero no es lo más necesario.

Escribe Lucía de Fátima que la Santísima Virgen, en la cuarta aparición, tomando un aspecto muy triste, dijo a los pastorcitos: *«Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores; pues muchas almas van al infierno porque no hay quién se sacrifique y ruegue por ellas.»*

No hay palabras ni elocuencia alguna capaz de convertir un pecador si no coopera Dios con su gracia. Para que el pecador comprenda las razones que pueden mover su corazón, y para que su voluntad se decida a volver a Dios, es necesario que el mismo Dios intervenga con una gracia especial; y esa gracia solamente se puede conseguirse con la oración y el sacrificio. Para que los misioneros y los predicadores consigan almas para Dios, son totalmente necesarias las oraciones fervorosas y las penitencias de los cristianos.

No hay cosa por la que podamos *merecer* la gracia de Dios. Precisamente por eso se llama *gracia* porque Dios la da *gratis*. Pero resulta que Cristo hizo un pacto con nosotros los cristianos; pues se comprometió a dar sus gracias a todo el que se las pide. Esta es su promesa solemne: «TODO EL QUE PIDE, RECIBE». Con estas palabras, resulta que Dios quedó comprome-

tido, y ahora, en cierta manera, y en virtud de su compromiso, ya merecemos las gracias cuando las pedimos.

San Ligorio advierte que, según San Agustín y otros santos, aquellas palabras de Cristo: «*En Verda en verdad os digo: cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre*» (Jn. 16,23), significan juramento en favor de la oración.

A este propósito, nos dice San Pablo: «*Queriendo Dios mostrar más cumplidamente la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que a la vista de dos cosas inmutables* (promesa y juramento), *en que no es posible que Dios mienta, tengamos un firme consuelo los que consideramos nuestro refugio alcanzar los bienes que nos propone la esperanza*» (Heb. 6,17-18).

En fin: Si queremos conseguir la conversión de algún pecador, más que razonamientos, lo que necesita son nuestros sacrificios y nuestras oraciones. Bien conocía esta verdad San Ambrosio cuando para consolar a Santa Mónica que continuamente pedía a Dios con lágrimas la conversión de su hijo Agustín, el santo obispo le dijo: «No es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas.» Y así, por las oraciones de su madre, el corazón de Agustín no reposaba: suspiraba inadvertidamente por Dios, aunque él no lo sabía. Y un día, leyendo a San Pablo, se hizo la luz en su alma y sintió grandes ansias de encontrar a Dios, y le encontró.

Pero las oraciones de Santa Mónica no solamente consiguieron la conversión de San Agustín, pues son millares y millares los que el Santo Obispo de Hipona arrastró consigo en vida y después a través de sus escritos.

Oración y sacrificios por la salvación de España

Quiero transcribir aquí el ruego de una mujer angustiada por los males espirituales que padecemos en España, y que ha sufrido en sus carnes el dolor de la separación de los suyos que la han regado con su sangre.

«De la misma forma que cuando se quiere a una persona y está enferma no se le repudia ni abandona —siempre que se sea bien nacido—, sino que, por el contrario, se le cuida, se le ama más y, con más dedicación, se hacen verdaderos esfuerzos y sacrificios. Se reza poniendo el corazón en lo que pedimos, con la confianza de que Dios nos escucha y salvará a nuestro ser querido. Asimismo, hemos de hacer con nuestra España, a la que amo con toda mi alma. Quizá porque la sangre de los míos ha empapado estas tierras, o tal vez por un sentido del deber, al ser consciente que no hemos nacido en España por azar, sino porque tenemos una misión que cumplir.

»Es por esto por lo que mi alma está inquieta y me veo en la obligación de gritar y difundir mis sentimientos.

»España está enferma, yo diría más: AGONIZA. Por tanto, no podemos quedarnos de brazos cruzados comentando su agonía, su ruina, y viendo resignados cómo llega su muerte. Es imposible seguir pasivos, viendo cómo el enemigo va minando lo más hondo de sus entrañas.

»No se trata de la mala administración o del deterioro económico, de que sea fulano o mengano el que nos gobierne. El drama es mucho más grave. El problema radica en que un pueblo que ha vuelto la espalda a Dios, como lo ha hecho España, no tiene salvación, a no ser que rectifique tan grave ofensa.

»En el «mal» de España, todos, o la inmensa mayoría, estamos colaborando. Unos, dañándola activamente, y otros, de una forma pasiva —pecado de omisión—, viendo todo lo malo que está pasando y conformándose sólo con la crítica, con la esperanza de que vengan otros a arreglar esta TRAGEDIA.

»Yo, sin ningún afán de protagonismo y sin ánimo de enmendar la plana a nadie, propongo un movimiento de salvación para España. Un movimiento con las armas del espíritu, que no son otras que la oración y sacrificio. Que nadie menosprecie esto, pues no es fácil llevarlo a cabo, sobre todo si no es mediante la perseverancia y a sabiendas que estas armas han sido utilizadas durante siglos por mártires y santos. Muchos dirán que es una tontería, que estoy loca si pretendo salvar a España rezando. Que es cosa de curas. Pues yo digo a todos los incrédulos que se equivocan. De cura no tengo nada, soy sencillamente una mujer española que tiene FE y que ama a su Patria, consciente de que la fe, que es un don gratuito de Dios, no se puede despreciar, y con la seguridad de que, fundándonos en esa fe, tenemos que hacer algo, y algo positivo y eficaz al alcance de nuestras manos. No hay arma más valiosa que la ORACION y SACRIFICIO.

»Ante este proyecto, que nadie se autojustifique diciendo que no puede, pues, salvo los enfermos mentales, todos, desde el pobre al rico, del tullido al sano, del joven al viejo, podemos rezar y ofrecer nuestros sufrimientos por esa causa común que es España.

»Que nadie escatime esfuerzos en esta gran causa y que todos pongamos nuestro grano o, mejor aún, nuestro puñado de arena. Cada cual en su medida. Pero que la oración de todos sea tan fuerte que Dios no tenga más remedio que escucharnos.

»Hagamos como los apóstoles en la barca: cuando el Señor dormía en medio de la tempestad le gritaron: "¡Señor, Señor, que perecemos¡", y Jesús hizo la paz.

»¿Cómo podemos dudar de la ayuda de Dios cuando, con estos ejemplos, nos deja dicho, y de forma bien clara, de qué modo podemos acudir a El?

»Dios saldrá al paso y nos dará la solución para salvarnos, ya que lo que está claro es que no podemos seguir pasivos, horrorizados de lo que está ocurriendo sin gritar como los apóstoles. ¡Sálvanos, que perecemos!

»Por otra parte, tenemos una deuda de gratitud con nuestros mayores que, por defender la fe y dejarnos una España en paz y próspera, dieron su vida.

»¿Qué vamos a dejar a nuestros hijos, a las generaciones futuras que han de vivir en la España que reciban de nosotros? Ellos confían en que hemos de resolver la actual situación. ¡NO LES DEFRAUDEMOS! No debemos conformarnos con decir que la sangre de los mártires no será estéril, por supuesto que no, pero tampoco pidamos más, ya nos dieron todo, su ejemplo, su vida...

»Seamos héroes diarios, mártires en nuestro sacrificio, y no dudemos que, de esta forma, Dios nos escuchará y dará la solución. España volverá a ser la nación donde reine de nuevo el Sagrado Corazón, cosa que ahora, tristemente, no sucede.

»Como mediadora para interceder por esta gracia tenemos la mejor abogada, ya que es "refugio de los pecadores", Nuestra Señora la Virgen María. Con ella por medio, el éxito, seguro.

»Hagamos penitencia y recemos el Rosario todos los días. Que nadia diga que esto del Rosario está pasado de moda, pues Nuestra Señora reconoce su vigencia y actualidad en estos últimos tiempos, en que se

ha vuelto a hacer presente en la Tierra pidiendo que se rece todos los días.

»No seamos sordos ni ciegos a la llamada de Dios. Despertemos nuestras conciencias y lancémonos a la batalla con las armas del espíritu. Las otras, parece que al menos por el momento, Dios no las favorece. Con las armas del espíritu a nuestro alcance, todos, absolutamente todos, podemos luchar. Por otra parte, la oración y la penitencia no cuestan dinero y son más eficaces que la metralleta y el goma-2.

»Es indispensable también que además de la oración y sacrificio individual, hagamos movimientos de desagravio público, ya que públicamente se ofende a Dios todos los días frecuentemente, en especial en los medios de comunicación.

»Reavivemos los ideales del espíritu, borremos de nuestra vida el "pasotismo" tristemente hoy en boga.

»Pido disculpas si alguien se siente molesto con mis palabras. Mi intención es sólo aportar un grano de arena en la causa de todos, que es España, con la convicción que lo que propongo dará su fruto...

»Cristo nos dijo: "Ocuparos de mis asuntos, que Yo me ocuparé de los vuestros." NO dudemos de sus palabras, El nos dará la solución.

»Iniciemos y no desfallezcamos en este cometido, con la alegría que al hacerlo cumplimos con nuestro deber, y con la seguridad gratificante de que nuestros hijos nos han de mirar con la misma admiración que nosotros sentimos por los que nos precedieron, y con la confianza que cada uno de nosotros tendrá en lo íntimo de su ser al saberse hermanado en un mismo ideal, hacia una misma meta.

»¡SALVAR ESPIRITUALMENTE A ESPAÑA!

»M.ª Angeles CARRERO-BLANCO«

LA IMPORTANCIA DE LA ORACION

En la ascética cristiana y en nuestras relaciones con Dios, no hay nada tan necesario e importante como la oración.

El trabajo sin la oración no sirve de nada.

Muchos sacerdotes trabajan en sermones, en catequesis, en dar clases de religión en colegios y en otras obras de apostolado, y no consiguen nada positivo. ¿Por qué? Porque no hacen oración.

Un sacerdote, por muy elocuente que sea, por muy bien que predique, por muy buenas conferencias que dé, si no es hombre de oración, podrá gustar y ser aplaudido de momento, pero no calará en las almas y no conseguirá nada útil y provechoso.

En cambio, cuando un sacerdote es hombre de oración, en seguida se le nota, y sólo con sus miradas y sus movimientos en la iglesia, cala en las almas y las conmueve. Tal vez no tendrá elocuencia y quizá no sepa expresarse con elegancia, pero dirá las cosas de tal manera que se hace irresistible y conmueve las conciencias.

Veamos si no los ejemplos del santo Cura de Ars y tantos otros santos sacerdotes que convirtieron sus parroquias en antesalas del Paraíso por las conversiones que conseguían. Y no vale decir: es que ellos eran santos y yo no lo soy, porque tú si quieres también puedes hacer oración y todo el que hace bien la oración siempre es un santo.

Los santos no nacen santos: los hace Dios por la oración.

Y no me digas: «Con sólo oración no se hace uno santo», porque esto ya lo sé; pero resulta que el que hace oración hace todo lo que hace falta para ser santo,

en cambio el que no hace oración no puede hacer nada bien, porque sola la oración es la madre y fundamento de todas las virtudes necesarias para llegar a la santidad.

Si alguno hace oración y no es santo, es porque en su oración no es totalmente sincero con Dios o no insiste lo bastante.

Las obras de caridad con el prójimo son importantísimas, la Misa, la Comunión diaria también son importantísimas, sin embargo Santa María egipciaca, San Pablo ermitaño y otros santos lo fueron sin las obras de caridad con el prójimo y sin la Misa y la Comunión, pero jamás ha habido ni habrá un solo santo que lo haya sido sin mucha oración.

Hoy la Iglesia está muy mal en España y en otros países, los seminarios están vacíos y muchos sacerdotes apostatan, se predica una religión materialista condenada por el Papa y no se le hace caso, y todo esto sucede porque se ha olvidado y descuidado la oración.

Si los obispos quieren que la Iglesia se reforme, no lo conseguirán si no es por medio de la oración. Mientras muchos sacerdotes se pasen más horas delante del televisor que delante del Sagrario, la Iglesia irá de mal en peor.

DE LA LECTURA DE LIBROS BUENOS

El Rv. Dr. B. Martín Sánchez, en su librito titulado «*La Reforma de una parroquia*», recomienda como cosa muy importante la *biblioteca parroqual* para la mejor instrucción religiosa de los fieles y para darles materia de meditación.

«Para la reforma de una parroquia, dice, no hay

duda que es ante todo muy necesaria la oración, mas no lo es menos la lectura de los libros buenos.

»Tan grande es el provecho que causan los libros buenos, cuanto es grande el daño que causan los libros malos; así, como aquéllos han sido con frecuencia causa de la conversión de muchos pecadores, así éstos causan la ruina de muchos jóvenes. ¡Cuántos santos han abandonado el mundo y se han dado a Dios por la lectura de un libro espiritual!»

Veamos algunos ejemplos

1. Bien conocido es el ejemplo de San Agustín, que, estando miserablemente aprisionado por sus pasiones, fue iluminado por la luz celestial leyendo una Epístola de San Pablo, y desde entonces comenzó a caminar hacia la santidad.

2. Lo mismo le aconteció a San Ignacio de Loyola; siendo todavía soldado, para vencer el aburrimiento de las horas que tenía que estar en el lecho, a causa de las heridas, comenzó a leer un libro de Vidas de Santos que de casualidad le vino a las manos; eso bastó para comenzar a ser santo, convertido en padre y fundador de esa religión de la Compañía de Jesús, que tantos días de gloria ha dado a la Iglesia.

3. San Juan Colombini leyó por casualidad también, y casi contra su voluntad un libro devoto, y eso bastó para hacerle dejar el mundo, para elevarle a la santidad y hacerle fundador de una orden religiosa.

4. De dos cortesanos del emperador Teodosio, cuenta San Agustín que entraron un día en un monasterio: uno de ellos se puso a curiosear una *Vida de San Antonio* que encontró en una celda; pero aquella lectura de tal modo transformó sus pensamientos, que allí mismo tomó la resolución de dejar el mundo, y

luego habló a su compañero con tal fervor que los dos decidieron dedicarse en aquel monasterio al servicio de Dios.

5. En las Crónicas de los Carmelitas Descalzos se lee que una señora de Viena se había arreglado una tarde para asistir a un *sarao;* pero llegado que hubo al salón y viendo que la fiesta se había suspendido, se llenó de rabia, y para distraer el mal humor tomó un libro espiritual que casualmente le vino a las manos; el libro trataba del desprecio del mundo, y tanto la convenció, que dio un adiós al mundo y se hizo carmelita.

6. Cosa parecida sucedió a la duquesa de Montalto, en Sicilia, que también, como por descuido, tomó un día las *Obras de Santa Teresa,* comenzó a leerlas, y tanto le impresionó su lectura que, una vez obtenido el consentimiento de su marido, se hizo carmelita descalza.

«Pero no se crea, dice San Ligorio, que los libros devotos sólo ayudaron a los santos al principio de sus conversiones: fueron su ayuda toda la vida, para conservar y aumentar cada día su conversión.

«El glorioso Santo Domingo cogía sus libros de devoción, los estrechaba efusivamente y exclamaba: "Estos son los pechos que me dan leche".»

«¿Cómo podían los santos anacoretas pasarse tan largos años en el desierto, lejos de todo comercio humano, sino con la ayuda de la oración y la compañía de libros espirituales?

Para el gran siervo de Dios Tomás de Kempis, no había mayor recreación que estar en un rincón de su celda con un libro que le hablara de Dios.

¡Oh qué hermosa ayuda tenemos en las *Vidas de los Santos*! Los libros ascéticos nos dan instrucciones so-

bre el modo de practicar las virtudes; pero en las *Vidas de los Santos* vemos cómo las han practicado muchos hombres de carne y hueso como nosotros.

De sí mismo confesaba San Agustín que «los ejemplos de los siervos de Dios meditados por él, ponían fuego en su tibieza, despertaban su pereza y encendían su alma en el divino amor».

Importancia de las bibliotecas parroquiales

De lo dicho se desprende cuán importante es la lectura de los libros buenos y la formación de las bibliotecas parroquiales. Citaré, entre otros, dos ejemplos:

1. Se cuenta de un hijo del famoso comunista Bohrmann, que un día encontró por casualidad un librito católico procedente de una biblioteca parroquial, y como no tenía qué hacer, empezó a leerlo para distraerse del aburrimiento, y abriéndose en su mente la luz, comprendió los errores comunistas y, buscando un misionero que le aclarara algunas dudas, se convirtió al catolicismo. Tenía siete hermanos menores que él: cuando lo supieron no acertaban a creerlo, pero luego, convencidos por sus razones, seis de ellos se hicieron cristianos y abrazaron el catolicismo por propia decisión.

2. En 1955, en una parroquia minera de 30 mil almas, casi todos son comunistas y no acuden al catecismo más que la cuarta parte de los niños. Una de las catequistas tuvo la feliz idea de hacer circular unos libritos cristianos entre las niñas. El éxito fue tal que al cabo de un mes pudo comprar una docena, y luego una veintena de Vidas de Santos muy ilustradas. Las niñas se arrojaban sobre aquellas lecturas y también los padres leían lo que los niños llevaban a casa. La parroquia cambió con la biblioteca, y los niños estusiastas

preguntaban: ¿También nosotros podemos ser santos?» (B. Martín Sánchez, *La Reforma de una parroquia*).

Fuerza moral de la propaganda

Hoy el mundo no lo dominan los ejércitos, ni las bombas atómicas, ni los cohetes intercontinentales; porque el mundo no se conquista y domina con las armas, sino con las ideas. Sólo una cosa hace falta para dominar y avasallar el mundo: hablar desde donde oigan todos y propagar unos ideales que todos puedan oír y nadie pueda contradecir.

Por eso España se está descristianizando a pasos agigantados; pues la radio, la prensa y la televisión no cesan de bombardear a la sociedad con ideas y criterios anticristianos y totalmente paganizados.

Es enorme la influencia y el poder de la televisión en el mundo de Hoy; es más fuerte y poderosa que todas las armas y todos los ejércitos del mundo. No hay poder humano que pueda hacerle frente. Sólo Dios con un milagro podría detener su influencia devastadora, y solamente nuestras oraciones podrían conseguir ese milagro.

¡Cuán grande es el poder de la oración!

Cuando Dios decretó la destrucción de Sodoma, la hubiera perdonado si se le hubieran interpuesto las oraciones siquiera de diez almas inocentes: ¡Tanto es el poder de la oración!

Para poder salvar a España de la influencia criminal del materialismo, es necesario orar mucho; se precisa intensificar mucho la oración en las parroquias y los actos públicos de reparación por los pecados públicos de los españoles.

Los pecados públicos claman a Dios castigos pú-

blicos, siendo uno de los mayores castigos de Dios el que nos dice San Pablo: «*Dios los entregó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza... y a toda clase de pasiones infames... Pues, por no reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido que los lleva a cometer torpezas y a todoa suerte de iniquidad, de malicia, avaricia y toda clase de maldades*» (Rm. 1, 18-32).

Y ¿todo esto por qué?

—«*Por tener aprisionada la verdad*» (Rm. 1,18); *por haber colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios...* (Rm. 1,25).

Necesidad de la instrucción religiosa

Contra este materialismo que invade el mundo propagándose tan rápidamente por todos los medios de comunicación social, nosotros más que nunca hemos de proclamar la verdad del Evangelio. Seríamos reos de sus mismos delitos si *aprisionáramos la verdad* callando, sin protestar y sin denunciar por todos los medios que están a nuestro alcance tantos errores materialistas.

Uno de los mayores males del mundo es la falta de cultura religiosa. Hoy más que nunca se precisa una buena instrucción religiosa. Los que no tengan una buena cultura religiosa no podrán hacer frente a tantísimos errores como hoy nos atacan desde todas partes. He aquí la importancia de las bibliotecas parroquiales y de que todas las familias cristianas puedan disponer de buenos libros para instruirse espiritualmente y para meditar y prepararse para la oración.

«De entre todos los males que aquejan a la sociedad presente —escribía Pío XII—, ninguno más grave ni más profundo que la ignorancia religiosa. Es como una anemia religiosa, cual contagio se propaga en muchos

pueblos de Europa y del mundo, produciendo en las almas tal vacío moral que ninguna ideología es capaz de llenar» (24-12-1941).

«Hay que estar precavidos, ya que "las ideas deciden tarde o temprano los destinos del mundo".» (Balmes).

«De aquí la importancia de escoger los libros, pues ellos formarán nuestro carácter y nuestra cultura. Los libros de nuestra biblioteca delatan lo que somos y de qué manjares espirituales gustamos» B.M.S.

Influencia de la buena o mala prensa

El poder de la prensa es enorme, se equipara a ejércitos armados, es una palanca capaz de lavantar el mundo; la emplean los políticos para engrosar su partido; los gobernantes para ayuda de sus planes, y los emisarios del averno, para sembrar confusión y vicio.

La prensa es capaz de salvar a un pueblo y de perderlo. Es un deber apoyar la buena prensa.

«No puede llamarse buen hijo de la Iglesia, quien no apoya con todas sus fuerzas la prensa católica» (Ketteler).

«El diario católico, como el diario malo, tiene una fuerza poderosísima; es incalculable el bien o el mal que puede hacer; pues, en la práctica puede decirse que, generalmente el hombre piensa a través del periódico que lee. En él, por decirlo así, se le forma el criterio» (J. A. Romero, S.J.).

«Es inmensa la influencia de la prensa en el mundo de hoy, hasta el punto de que la gran mayoría de los hombres, carentes de cultura y de personalidad, piensan a través del periódico o la revista que leen diaria o semanalmente...»

«De aquí que, una de las mayores obras de caridad

es la de publicar, propagar y repartir profusamente libros, folletos, revistas, periódicos y hojas de propaganda religiosa» (P. Royo Marín).

«Hay que estar muy sobre aviso, porque hoy la radio, la prensa, y sobre todo la televisión, manejadas por personas materialistas y ateas, tergiversando la verdad evangélica nos presentan la realidad de la vida de manera distinta a lo que nos dice la fe y la verdad del Evangelio. En frase de Cristo: *«Son ciegos conductores de ciegos»*, de los que hemos de huir.

PALABRAS DE SAN ANTONIO MARIA CLARET
(De su Autobiografía)

«Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien, es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella...

Al predicador no se le puede hallar tan fácilmente como a un libro. Lo que dice el predicador pasa de largo y, por lo mismo no causa tan profundo efecto; pero un libro bueno lo podemos tener continuamente en nuestras manos, lo podemos revolver siempre que nos dé la gana, lo podemos meditar y rumiar detenidamente y así producir felicísimos efectos. Por lo común se puede decir que la instrucción de viva voz da más pronto resultados, pero no son tan duraderos como los que se producen por medio del libro, que son más lentos, pero más permanentes...

Son los libros la comida del alma, y a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá, y si la comida es ponzoñosa le perjudicará; así es la lectura, la cual si es de libros buenos y

oportunos a la persona y a las circunstancias propias nutrirá y aprovechará mucho; pero si es de libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos corromperá las creencias y pervertirá las costumbres. Empezando por extraviar el entendimiento, luego corrompe el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males...

El considerar el bien tan grande que trajo a mi alma la lectura de libros buenos y piadosos es la razón por qué procuro dar con tanta profusión libros por el estilo, que darán en mis prójimos, a quienes amo tanto, los mismos felices resultados que dieron en mi alma...»

Y hablando de uno que se convirtió por haber leído una hoja que le entregó un niño, decía:

«Aunque las hojas sueltas y estampas no hubiesen producido otra conversión que ésta, ya tendría por bien empleado y satisfecho cuanto se ha gastado en impresiones; pero no ha sido éste el único caso... Son muchos, muchísimos, los que se han convertido por la lectura de una estampa...

Nada ni nadie podrá contener los estragos (que hacen los malos libros) si no se procura hacer frente por medio de la predicación de los sacerdotes y de gran abundancia de libros buenos y otros escritos santos y saludables...

Otro de los medios que me he valido para hacer el bien es el de los libros buenos, ya regalándolos, ya cambiándolos por los malos... Voy procurando los haya en cada casa, aunque me cuesten muchísimos duros, que hasta aquí ya subren a miles; pero yo todo lo tendré por bien empleado con tal que se salven estas almas; pues que a esto Dios me ha enviado y no a holgar ni hacer dineros...

El destino más piadoso, el más útil en el día y a la vez más necesario en que se puede emplear cualquier

cantidad de dinero, es, sin duda, la propagación de los buenos libros. Todos los días veo y palpo esta necesidad. Por eso exhorto a todos en este sentido, y yo para eso trabajo y en eso invierto todos mis ahorros.»

El Papa Pío IX escribía al Santo:

«La experiencia atestigua que las Iglesias de España han reportado de tu obra muy grandes ventajas y beneficios. Muchos millares de libros, que se han publicado y siguen publicándose en Barcelona, esparcidos por todos los ángulos de España, son un testimonio convincente de que los españoles, hasta en estos tiempos en que la licencia del siglo parece más propensa a debilitar la autoridad de la Iglesia, continúan firmes y más fuertemente adheridos a la doctrina que recibieron de sus mayores... Por lo que, Venerable Hermano, nos congratulamos en gran manera contigo y con los demás Obispos de ese Católico Reino, que tan laudablemente fomenta la Librería Religiosa que tú creaste en Barcelona; y a todos os animamos para conservar unánimes y proseguir siempre con más ardor la grande obra que emprendisteis.»

Elogios de otros pontífices

Una actividad tan desbordante y sobre todo una inteligencia tan clara del papel que corresponde a la prensa en el apostolado católico moderno han traído naturalmente la atención de la Iglesia. Repetidas veces los Romanos Pontífices han tenido grandes elogios para San Antonio M.ª Claret, presentándolo como ilustre pionero del apostolado de la prensa.

El Papa Pío XI lo puso de relieve por vez primera con motivo del decreto sobre la heroicidad de sus virtudes:

«Nos alegramos —decía el papa— por una condición especial que entra en las características de este grande y verdaderamente moderno siervo de Dios... por la objetividad de los métodos por él adoptados, métodos y medios que ni conoció ni tuvo la antigüedad y que en nuestros días representan una parte tan importante y activa de nuestra vida.

Queremos decir la imprenta, el libro. Se ha dicho que de haber vivido San Pablo en nuestros días, se hubiera hecho periodista. Es dudoso que este dicho se hubiera literalmente cumplido en el apóstol; pero sí es seguro que se hubiera realizado en el espíritu. No puede dudarse que San Pablo se hubiera servido, en la mayor medida posible de aquella gran propagadora del pensamiento que es la imprenta.

Este es un título, una gloria, un mérito característico de Antonio M.ª Claret... el empleo más amplio, más modernos, más juicioso, más vivo, más industrioso, más popularmente genial del libro, del opúsculo y, de la hoja volandera, devoradora del espacio...

La vida del Santo fue toda ella un perenne desarrollo del apostolado, y propiamente, revistiendo aquella forma que se puede llamar más moderna, más indicada para el momento actual: apostolado de la palabra hablada, verdaderamente maravilloso,, en los miles y miles de discursos misioneros; apostolado de la palabra escrita, en su infatigable trabajo de escritor, de tal manera que no acierta uno a comprender dónde hallaba tiempo para tamaña actividad literaria; en tantos volúmenes, ya grandes, ya pequeños y aun pequeñísimos, desparramados y difundidos por todas partes y puntualmente, como ahora convendría hacerlo, como entienden muchos que se debe hacer, y como felizmente comienzan muchos a realizarlo...

Tenemos en el Santo una figura verdaderamente grande: Apóstol infatigable y además organizador moderno, gran precursor de la Acción Católica y, particularmente de la prensa. Había comprendido su inmenso valor y le parecían pocos todos los sacrificios para conseguir una maquinaria moderna para la mejor impresión del libro y del periódico... Es una cosa especial y acaso única: el amor a la gran difusión; a los opúsculos, a los folletos, a las hojas volantes. Quería que su prensa llegase a todos...

Pío XII, en la Bula de su canonización, después de exaltar su labor como apóstol de la predicación, continúa:

«Sin embargo, tanto trabajo y esfuerzo no le parecían suficientes en un momento en que se disvulgaban doctrinas perniciosas de filósofos, todo género de libros y publicaciones dañosas... Por ello, entre otras obras de apostolado, juzgó que sería de gran utilidad a la defensa del rebaño de Cristo, el imprimir y divulgar toda suerte de escritos acomodados a su tiempo. Publicaba continuamente libros y opúsculos acomodados a las condiciones de todos. A esta obra se entregó totalmente Antonio, a escribir y a divulgar. Jamás se cansó de dar, de tal modo que siendo arzobispo de Cuba regaló más de doscientos mil volúmenes...» (Un gran Apóstol de la Prensa, Ed. Coculsa).

El Apostolado Mariano

Conscientes de la necesidad de que las buenas lecturas lleguen a todas partes, y habiendo comprobado que los mejores libros de espiritualidad eran desconocidos de una inmensa mayoría de sencillos cristianos, tomamos la enorme tarea de fundar esta editorial, para publicar y llevar a todos los rincones de España edi-

ciones baratas de los Santos Evangelios y de todos los mejores libros que podemos necesitar.

Esta editorial del Apostolado Mariano, aconsejada por catequistas y sacerdotes celosos y muy experimentados, decide qué clase de libros interesa principalmente propagar, de los cuales se hacen grandes ediciones para que salgan muy económicos, y se ponen al servicio de los *Apóstoles de la Prensa,* es decir, de cuantos lo deseen, para introducirlos en todos los rincones de España, donde de otro modo no podrían llegar.

Téngase en cuenta que las librerías religiosas hoy escasean más que nunca, pues solamente hay algunas muy contadas en algunas de las grandes ciudades, que sólo conocen y se aprovechan de ellas las personas de mayor cultura, por cuyo motivo se hace indispensable que los sacerdotes celosos de la salvación de las almas ayuden a los fieles a conocer los buenos libros y les faciliten la forma de conseguirlos.

Muchos párrocos, conscientes del importante papel que en la formación religiosa juegan los libros, no sólo los recomiendan con insistencia, sino que, incluso, realizan exposiciones de libros en sus parroquias, poniéndolos en mesas a la entrada de la iglesia, con los buenos resultados que podemos suponer.

La obra del Apostolado Mariano consiste precisamente en ayudar a los propagandistas, facilitándoles los mejores libros a precios muy baratos y en las condiciones más favorables, para que todos puedan dedicarse a propagarlos, incluso los que no tienen dinero.

Los sacerdotes y religiosos que, convencidos de la importancia de los buenos libros, deseen propagarlos, deben saber que pueden pedir a esta editorial todos los que necesiten, *en depósito;* es decir, sin necesidad de pagar nada hasta que los hayan vendido, y con la ga-

rantía además, de poder devolver los sobrantes cuando quieran, siendo por cuenta de la editorial todos los gastos de envío y devolución.

Decimos que no cargaremos gastos de envío, pero para que el margen comercial pueda cubrir al menos los gastos de Correo, los pedidos deben superar el importe de dos mil pesetas. Si algún pedido no llega a esta cantidad, se cargarán al menos los gastos de los sellos de Correo.

Respecto de los sacerdotes y religiosos que quieran acogerse al beneficio de recibir los libros en depósito, habrán de garantizarnos su identidad con el membrete o sello de la parroquia. Los pedidos de quienes no nos garanticen que son sacerdotes o religiosos, así como los pedidos inferiores a dos mil pesetas, se enviarán a reembolso, para pagarlos al recibirlos.